

I JORNADA SOBRE SEXUALIDAD

20 de septiembre de 2007

Beatriz Gimeno

Género, sexo, orientación sexual y la mirada sobre el cuerpo.

Soy lesbiana, mujer y discapacitada; o discapacitada, lesbiana y mujer o mujer, lesbiana y discapacitada o...lo cierto es que podría hacer todas las combinaciones posible, y si suponemos que el orden elegido para colocar estas tres circunstancias es en cada ocasión reflejo de la importancia que tienen en mi vida, lo cierto es que todas esas combinación habrían sido ciertas en un momento u otro. Es decir, a veces he sentido que ser mujer es lo que definitivamente coloca a una persona a un lado u otro de una raya invisible que divide el mundo en dos mitades jerárquicamente desiguales; en ocasiones he sentido que lo que claramente ha definido mi vida es el hecho de ser lesbiana y en otras muchas ocasiones he estado segura que desde cualquier punto de vista es ser discapacitada lo que ha marcado mi vida tal cual es. Es esta última circunstancia en todo caso que más ha aportado en la construcción de mi subjetividad, quizá porque es la más claramente discriminatoria -la que más se ve- porque es la que más ven los demás y porque también es la que comienza antes a funcionar. Tuve polio a los seis meses y desde entonces yo me he construido teniendo en cuenta que mi cuerpo es diferente.

En todo caso, las tres circunstancias mencionadas son en esta sociedad datos de discriminación. Dados tres pares de binarismos: hombre/mujer, heterosexual/homosexual y capacidad/discapacidad yo me situo en todos los casos en el lado "malo" del par, y eso tiene evidentes consecuencias, tanto subjetivas como objetivas, es decir, materiales. Porque además, esos tres conceptos definen, junto con el de raza o grupo nacional o étnico - con ese par que sería nacional/extranjero o blanco/negro- las circunstancias más importantes para la definición y autodefinición de una persona.

Mujer, lesbiana y discapacitada son conceptos que remiten a género, sexualidad (orientación sexual) y cuerpo y por eso cuando decimos “mujer, lesbiana y discapacitada”, tenemos que hacer referencia de manera obligada a los discursos sobre el género, sobre la sexualidad y sobre el cuerpo y saber que cada uno de los términos de estos discursos engloba a los otros dos. Son discursos que se construyen desde bases diferentes, pero que se nutren cada uno de los otros y que se articulan también unos con otros dando forma a las relaciones sociales concretas que nos afectan. Finalmente, ninguno es más o menos importante porque las opresiones no pueden compartimentarse. Y en todo caso, estos tres conceptos, prácticas, discursos, exclusiones, esas tres realidades se vierten, las tres, sobre mi cuerpo dando forma a una compleja red de opresiones con que la tengo que convivir cotidianamente.

Antes suponía que esos tres discursos de opresión y limitación se superponían de manera simple de manera que $1+1+1$ es igual a tres. Pero con el tiempo he aprendido que no, que las cosas no son tan sencillas y que los tres establecen determinadas relaciones entre ellos y conmigo, que interactúan -interactuamos- de manera compleja y cambiante; en definitiva, que no siempre se suman. Suele ser un lugar común la afirmación de que acumular en una misma persona factores de discriminación produce doble o triple discriminación y aunque yo misma lo he creído durante mucho tiempo hoy ya no estoy tan segura. Por el contrario creo que a veces, de manera un tanto paradójica, en determinadas situaciones, esto no es así y que las múltiples discriminaciones pueden tener el efecto de anularse unas a otras o, al menos de que unas, o alguna, atenúen el efecto de las otras si no en todos los aspectos de la vida si en aspectos importantes. Este es uno de esos casos. Creo que mientras que es cierto que las mujeres con diversidad funcional sufren de niveles de discriminación mayores que los de los hombres en la misma situación, las lesbianas con diversidad funcional sufren ésta, en algunos aspectos importantes, menos que las mujeres heterosexuales, menos que los gays también y puede que al nivel de los hombres heterosexuales. Sólo en ciertos aspectos que tienen que ver con la sexualidad que es el objeto de esta ponencia.

Sobre discapacidad y sexualidad hay mucha información, se ha escrito mucho y se celebran muchos congresos y seminarios, así como también

específicamente sobre mujeres discapacitadas y sexualidad. Implícitamente (y de manera explícita) se asume que la sexualidad de las mujeres con diversidad funcional tiene unas características diferentes a la de los hombres con discapacidad. Es muy importante que se siga hablando de ello porque, precisamente, uno de los problemas que tenemos respecto a la sexualidad es que la mayor parte de las veces parece no existir. Sin embargo cuando se habla de discapacidad y sexualidad, a veces me da la impresión de que falta algo. En ocasiones me parece que estoy leyendo manuales de autoayuda, en otras ocasiones leo textos que ponen demasiado énfasis en los riesgos de la sexualidad cuando se es discapacitada y poco en el placer; otras veces los textos enfatizan y se centran en los derechos: derecho a tener una vida sexual, el derecho a tener o no tener hijos, el derecho a que la gente sepa que no somos asexuadas, que no somos incapaces ni dependientes, el derecho a expresar la sexualidad...Es absolutamente necesario seguir exigiendo esos derechos porque la mayoría de ellos no se cumplen y porque hay que seguir explicando a estas alturas que los derechos sexuales son derechos humanos. Pero decía que a veces falta algo y es que cuando hablamos de sexualidad estamos hablando de muchas cosas pero, entre otras y no es la menos importante, estamos hablando de deseo. No veo que se hable mucho de deseo en estas ponencias y por eso yo quiero centrar esta ponencia en el deseo. No está de más recordar que todos sabemos que la sexualidad es algo más que derechos; que la sexualidad es cuerpo, es poner el cuerpo en discurso; que la sexualidad es más que posibilidades sexuales, que riesgos sexuales y que derechos sexuales, que es también deseo, piel, placer... Al hablar de sexualidad tenemos que empezar a hablar de deseo, de deseos, cómo vivimos el deseo, el ser objeto de deseo y agentes deseantes. Desde luego estoy convencida de que a desear se aprende; que una cosa es la libido y otra la manera en que expresemos culturalmente esa libido. Y siendo el deseo una construcción social no se puede separar de los discursos que mencioné antes. No se puede separar de los discursos sobre el género, la sexualidad, el cuerpo, la capacidad o discapacidad.

Hablar de sexualidad es hablar de género y es hablar del cuerpo. Precisamente las complejas relaciones que establecen las mujeres con sus cuerpos es una parte fundamental del discurso de género. Todas las mujeres,

vivimos, inevitablemente, con nuestros cuerpos y nuestros cuerpos de manera diferente a cómo lo viven los hombres; porque las mujeres somos cuerpo en una cultura patriarcal: se nos juzga, se nos valora, se nos define en gran parte, no según sean nuestros cuerpos, sino según la mirada que los hombres (heterosexuales) proyectan sobre ellos. Es una mirada inducida, desde luego, por un determinado sistema, en este caso patriarcal o de dominación de la mujer, o de sexo/género, o cualquier otro nombre que queramos darle. Los hombres y las mujeres aprendemos a mirar sexualmente.

A partir del establecimiento de esa mirada se nos imponen determinados cánones estéticos que varían según las épocas y a los que las mujeres intentan adecuar sus cuerpos llegando a veces a pagar altos precios por lograr esa adecuación. Lo que no varía es que las mujeres se juzgan a sí mismas según son juzgadas, según sus cuerpos se adecuen o no a esa mirada. Esa mirada es una mirada inclemente que está a su vez basada en un ideal de mujer imposible de alcanzar; las mujeres de los anuncios no existen en realidad, esas fotos, esas imágenes están siempre trucadas, pero cumplen perfectamente con el objetivo de conseguir que tengamos siempre la sensación de que nuestros cuerpos, sean como sean, son siempre defectivos. No pueden ser perfectos, siempre falta algo, siempre se puede hacer algo para mejorar. Además, la mirada masculina heterosexual sobre los cuerpos de las mujeres no es universal ni atemporal, cambia según determinadas circunstancias que no voy a explicar aquí, pero que tiene mucho que ver con el consumo y el desarrollo global del último capitalismo, así como con el desarrollo de las tecnologías del cuerpo, que lo han convertido en un objeto de consumo más. Los cuerpos en ese sentido son tratados como si fueran un objeto, como la ropa, que se pone o se pasa de moda constantemente con el objetivo de que nunca dejemos de comprar. Así, cuando tenemos todos los pantalones con talle alto, se llevan con el talle bajo y cuando llevamos ropa ajustada, se lleva ancha y así tenemos que comprarlo todo de nuevo: el objetivo es que la ropa no dure en ningún caso más de una o dos temporadas. Y es inútil decir que no seguimos la moda; claro que la seguimos. Porque cuando cambia la moda, cambian también nuestros gustos, de manera que lo que antes nos parecía bonito de repente nos parece horrible. No hay más que ver una foto de hace 20 años para comprobar que la

ropa que entonces nos parecía bien ahora nos parece horrible. Nuestros gustos están siendo constamente educados.

Con los cuerpos de las mujeres pasa lo mismo y cada vez más rápido y cada vez, además, tiene más importancia. Antes, el cuerpo de las mujeres era mucho menos importante para su vida. Simplificando mucho cuestiones muy complejas, estando las mujeres como estaban mucho más “atrapadas” en las estructuras patriarcales, su cuerpo tenía mucha menos importancia. Al fin y al cabo, se tenía el que se tenía y no se podía hacer nada y los ideales de belleza eran algo remoto a lo que nadie aspiraba en serio a parecerse. En la medida en que la mujer se fue liberando de una sujeciones aparecieron otras, fundamentalmente la del cuerpo. Celia Amorós dice que las mujeres han pasado de estar normativizadas por la moral y la ética a estar normativizadas por la estética.

Ahora, gracias a la cultura de la imagen, a la publicidad, todos podemos ver esos cuerpos ideales que estarán a nuestro alcance si hacemos lo que hay que hacer; el cuerpo puede ya modificarse lo que sea necesario, han nacido y se han desarrollado extraordinariamente las tecnologías del cuerpo; sólo hay que gastar dinero y ocuparse de ello. Pero a mí me interesa resaltar que es una carrera inútil porque hagamos lo que hagamos nunca estaremos perfectas, nunca alcanzaremos el resultado apetecible y, aunque lo consiguiéramos, entonces vendría la edad a recordarnos que no podemos descansar en esa batalla, que hay que seguir. Todas las mujeres que conozco hablan constantemente de dietas, hay estudios que demuestran que prácticamente el 90% de las mujeres están preocupadas por su peso, no importa lo que pesen. (es también inmenso el mercado alrededor de todo esto: de estética, de cosmética, de productos light...) Cuando has conseguido unos labios gordos, se llevan finos y cuando consigues un pecho grande se lleva pequeño y al revés. De lo que se trata es de que las mujeres estén siempre pendientes de sus cuerpos, que nunca se relajen, que vivan en una lucha cotidiana contra sus propios cuerpos, que es como decir, contra sí mismas; que es una manera por supuesto de tenerlas sujetas y se trata, por otra parte, de que gasten, de que consuman. Eso en todo caso significa ser mujer respecto al cuerpo.

Si las mujeres ocupan el sitio que ocupan en esta sociedad, si están de alguna manera sujetas a determinados discursos sobre el cuerpo, como he

explicado brevemente, si esto es así entonces tenemos que preguntarnos ¿qué significa para nosotras mujeres con diversidad funcional, en estas condiciones concretas en la que una es mujer en esta sociedad concreta, tener un cuerpo que se supone que no cumple con ninguno de los cánones exigidos a los cuerpos femeninos? ¿Qué significado tiene para mujeres como nosotras tener un cuerpo diferente y tener que enfrentarnos a la cuestión de suscitar deseo con estos cuerpos? ¿Cómo manejamos nuestra identidad respecto a esto?

Siempre estamos hablando de invisibilidad, pero pocas veces hablamos que no hay mayor invisibilidad que ser invisible para los demás en cuanto a la posibilidad de suscitar deseo. Siempre digo, más en serio que en broma, que eso sí es invisibilidad de la buena y no otra cosa. El deseo tiene que ver con muchas cosas y no es esta ponencia el lugar para referirme a algo tan sumamente complejo más que de pasada. Pero lo que si tenemos que tener claro es que el deseo se construye socialmente, por eso cambia a lo largo del tiempo y de ahí la necesidad de que las mujeres, todas las mujeres, luchemos desde el feminismo para cambiar esos discursos de exclusión. Y aunque hay muchos factores que no podemos controlar hay otros sobre los que sí tenemos cierto control y sobre los que podemos trabajar. El deseo, además de esa mirada que se construye socialmente y sobre la que no tenemos control, también tiene que ver con la autoestima y con el control sobre el propio cuerpo. Creo que es importante comenzar a hablar en esos términos, cómo cambiar la percepción que otros/as tienen sobre mi cuerpo y cómo cambiar la que yo misma tengo.

Para cambiar la autoestima en relación a la discapacidad creo que es absolutamente imprescindible salir del modelo medicalizado de la discapacidad, del modelo de la enfermedad. Tenemos que cambiar los discursos que se hacen sobre nosotros para poder nosotros mismos pensarnos de otra manera. No somos tan distintos a otras muchas minorías algunas de las cuales han vivido circunstancias terribles a lo largo de la historia y han logrado cambiar la percepción que se tiene de ellos. La teoría política de la lucha por la igualdad social de las minorías está ya muy acotada, todo está estudiado. Los cuerpos son los discursos que los crean, las palabras que los nombran. Pero como mujer y lesbiana se que no podremos dar otra visión de nosotras si no

nos empoderamos.. Es el momento de hacer discursos un poco más agresivos socialmente (que ya se están haciendo) discursos vindicativos del orgullo y la diferencia; discursos que no sean meramente informativos de nuestra situación. Tampoco voy a entrar a fondo en esta cuestión que se que es muy polémica pero estoy convencida que hacer un discurso vindicativo de la diferencia es la única manera de empoderarse; la igualdad no es posible sin el empoderamiento y el empoderamiento sin autoestima, eso que los gays y lesbianas llamamos orgullo, que no es sino decir: yo no querría ser de otra manera. Empoderarse es controlar la propia vida y no dejar que la controle ningún prejuicio, ninguna institución, ningún discurso. Y es posible, aunque poca gente lo crea. Lo han hecho las personas sordas, lo han hecho las personas transexuales (no estoy diciendo que las personas transexuales sean discapacitadas: pero hay cierta analogía en cuanto que algunos de ellos y ellas también tienen cuerpos muy diferentes que han aprendido a valorar, a querer y que se han hecho querer y desear). En este momento yo no querría ser de otra manera.

Yo no me cambiara ahora por una persona sin discapacidad y la razón es que me gusta como soy. Quizá es más fácil para mi decir esto porque soy lesbiana pero en todo caso, hablo desde una posición que me ha costado mucho conquistar. Es la posición de una lesbiana empoderada, medianamente satisfecha y con la autoestima alta aunque, como digo, no siempre ha sido así. Evidentemente ha habido un camino y ha habido una lucha conmigo misma y con el mundo. Durante mucho tiempo, como también expliqué, yo misma hablé de doble y triple discriminación. Pero ahora ya no creo que exista esa doble discriminación, sino que al contrario estoy convencida de que ésta es una de esas situaciones en las que los factores de discriminación se anulan unos a otros o, al menos, se matizan. Si volviera a nacer querría ser lo mismo que soy hoy.

Ser una lesbiana funcionalmente diversa me ha dado casi todo lo que soy, una vida intensa y muy distinta a las vidas normales, abierta a unas posibilidades que poca gente tiene, con experiencias enormemente enriquecedoras. Creo que, en determinadas condiciones, no hay nada mejor que poder ver el mundo desde donde muy poca gente puede verlo: desde los márgenes. No estoy siendo voluntarista y he dicho "en determinadas

condiciones” pero lo cierto es que siento que donde yo estoy poca gente ha estado, la vista que yo tengo no la tiene todo el mundo, y creo que eso ha hecho mi vida mejor. Me gusta mi vida y mi cuerpo, que es fuente de satisfacción, de amor y de placer.

Ser una activista lesbiana cambió radicalmente el concepto que yo tenía sobre mi propia discapacidad. Asumí mi diversidad funcional a través de las posibilidades que me abrió la lucha por la igualdad de las personas LGTB. Antes yo ni siquiera mencionaba que era discapacitada, siempre lo eran otros/as. Yo sólo era lesbiana. Me fue mucho más fácil empoderarme como lesbiana y a partir de ahí fue cuando comencé a pensar por qué no se podía aplicar el mismo modelo a la diversidad funcional. Y lo hice; y se que hay gente que también está aplicando los modelos de la lucha por la igualdad de otras minorías a la lucha por la igualdad de las personas con discapacidad y creo que no hay otro camino. Cuando afirmaba que en este caso las múltiples discriminaciones se anulan unas a otras quería decir varias cosas. Barbara Hillyer dice que para las lesbianas es más fácil que para las mujeres heterosexuales hacerse conscientes de la totalidad de nuestros cuerpos y pensar en nosotras mismas como un todo con nuestros cuerpos. Lo cierto es que la mirada masculina sobre los cuerpos de las mujeres nos convierte en piezas, en trozos: (los ojos, el culo, las tetas, las piernas...) es el tradicional *despiece* que se hace sobre los cuerpos de las mujeres, y que explota la publicidad, la pornografía, y la iconográfica heterosexual en general. Quizá esto sea difícil de entender, pero será muy fácil de entender si lo que digo es simplemente que las lesbianas no estamos sometidas a la mirada masculina. No estoy diciendo que cualquier mujer funcionalmente diversa tengo que hacerse lesbiana para ser feliz, pero sí que las lesbianas partimos no con una desventaja sino, quizá con una ventaja respecto a el ejercicio y disfrute de nuestra sexualidad. Esto también lo expresa muy claramente Hillyer cuando afirma claramente que la perspectiva lesbiana para conceptualizar las narrativas de las mujeres con discapacidad es intelectualmente superior. Las lesbianas vivimos en un universo sexual y de deseo en el que no cuentan los parámetros del deseo heterosexual. A hombres y a mujeres se nos enseña a desear cosas distintas. A los hombres se les enseña a erotizar, sobre todo, la juventud y la belleza: los hombres desean mujeres jóvenes y bellas. A las

mujeres se les enseña a erotizar otras cosas. Por eso las mujeres a partir de los 40 se vuelven invisibles y los hombres están en su mejor momento. Por eso las mujeres son capaces de encontrar atractivos a hombres mayores, de edades en las que las mujeres ya no cuentan sexualmente.

Las lesbianas no somos mujeres especiales. No recibimos una socialización específica de lesbianas, sino simplemente de mujeres, y como tales miramos y somos miradas con deseo por otras mujeres. Como lesbiana nunca sentí que mi discapacidad tuviera la más mínima importancia. En ese sentido, en realidad, en lo que se refiere a la mirada que los hombres proyectan sobre las mujeres, y en lo que se refiere al deseo, al cuerpo, creo que como lesbiana, mi discapacidad tiene un significado muy diferente del que puede tener para una mujer heterosexual. Monique Wittig afirma que las lesbianas no son mujeres. Con esto quiere decir que el término "mujer" solo tiene sentido en relación al término "hombre" y al estar las lesbianas fuera del sistema heterosexual, en ese sentido no somos mujeres. Esta afirmación radical de Monique Wittig la acepto en lo que se refiere a la sexualidad, me parece absurda en lo que hace a la vida cotidiana ya que, fuera del ámbito del deseo, las lesbianas somos vistas como mujeres en todo lo demás y participamos del hecho de ser mujeres en el ámbito del trabajo, de la vida cotidiana, en el ámbito del poder, de la economía etc.

Es cierto que en el sentido sexual las lesbianas no somos mujeres, pero yo podría llevar ese discurso más allá y decir que en este sentido las mujeres discapacitadas están siempre descentradas y desheterosexualizadas y que eso les permite un margen de maniobra del que no disfrutaban otras mujeres. También se puede dar la vuelta al discurso y afirmar que en cierto sentido, en una sociedad patriarcal, todas las mujeres somos discapacitadas en algún momento de nuestra vida: es decir invisibles, es decir poco valiosas, es decir no deseadas: mujeres mayores, mujeres "feas", mujeres distintas...(obesas, discapacitadas, enfermas...) Todas ellas en algún momento de sus vidas viven sus cuerpos como invisibles para el deseo, como objeto de burla o de vergüenza, como poco valiosos, como no deseables. ¿Qué hace una mujer de 65 años activa sexualmente que le gusten los hombres? ¿Dónde va? Y la edad no es el único factor de exclusión, hay otros muchos, cualquier cuerpo distinto lo es para una mujer.

¿Qué diferencia hay entre una mujer avergonzada de su cuerpo por la razón que sea y una mujer con una discapacidad que se sienta no deseada? Las dos están en el mismo punto en realidad. No se trata de que al ser lesbiana desaparezcan los problemas del cuerpo, es que éstos son reflejo de la falta de autoestima, de la falta de control y de la falta de poder sobre nosotras mismas y el entorno; cuando una mujer se desheterosexualiza se empodera y cuando una mujer se empodera cambia, incluso corporalmente porque la mirada que se le dirige ya no puede ser de dominación.

Esta es una aproximación muy breve y esquemática a un asunto de enorme complejidad. Valdría decir que, en resumen, todos los discursos que tienen que ver con el cuerpo: género, sexualidad, capacidad, están tan conectados que es una equivocación ocuparse sólo de uno de ellos porque, en realidad, son el mismo discurso y como tal hay que combatirlo.